

Palabras de Don Fernando Serrano Migallón*

Para cumplir con el grato deber de continuar una de las tradiciones de nuestra Casa; nuestra comunidad, a través de su Consejo Técnico, otorga la *Medalla Isidro Fabela* y reconoce a quienes han dedicado su vida a la defensa de la libertad, la justicia y el derecho. Nos encontramos hoy con un hombre que en su voz ha reunido la de miles de latinoamericanos perseguidos; un poeta cuya presencia representa la persistencia de la dignidad y la incommovible fuerza del espíritu humano: don Juan Gelman.

A lo largo de los años, la *Medalla Isidro Fabela*, ha sido conferida a juristas y escritores, académicos y diplomáticos; todos ellos unidos por el espíritu común que ha permitido que las sociedades continúen su marcha siempre hacia mejores horizontes; de regiones tan distintas como Nicaragua o Portugal, el conjunto de sus nombres representa la fuerza del derecho y la razón sobre la violencia, la ignorancia y la marginación. Reunidos en torno al recuerdo de un mexicano, insigne hijo de esta Casa, Isidro Fabela, son parte del patrimonio espiritual de nuestra cultura y elemento de esperanza para las futuras generaciones.

En los años aciagos de la irrupción del fascismo, cuando las democracias se retraían ante el miedo, la abulia y la indecisión; cuando la diplomacia dejó de servir al entendimiento de las naciones para convertirse en instrumento del oprobio y el sometimiento; México, bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas, optó por no secundar aquel asalto a la razón. Prefirió persistir en el respeto al derecho internacional, a los valores más altos de occidente y al ejercicio de la inteligencia utilizando las únicas armas que tenía al alcance, las únicas que reunían la fuerza moral y la eficacia suficiente para que el silencio no fuera la garantía de la impunidad y la agresión; el valor de sus diplomáticos y el peso de sus palabras.

*Ceremonia realizada en el Aula Magna Jacinto Pallares el 6 de Octubre de 2006 en Ciudad Universitaria

Así, en una serie de ocasiones memorables, frente al asombro de algunos, el recelo y la indiferencia de otros; Isidro Fabela levantó la voz de México para defender a Abisinia, a China, a la República Española y a Austria. Diplomático leal, jurista convencido de la misión del derecho y al fin, hombre de letras; supo que sólo la fuerza del peso moral de la verdad, pronunciada con valor y entereza, puede reestablecer el imperio de la ley, de la justicia y de la libertad.

Juan Gelman comparte esa voluntad y esa visión del mundo. Por su infatigable voz que denuncia y reivindica, que señala caminos y cultiva esperanzas, nuestra comunidad se honra con su presencia y pone en sus manos el reconocimiento que reserva para quienes hacen de la razón, de la palabra y del derecho una norma de vida y de la libertad el más preciado de sus valores.

Gelman está inscrito, desde sus orígenes, en la conciencia latinoamericana; nacido en el histórico barrio bonaerense de Villa Crespo, sorprendió a la crítica y a los lectores desde el primero de sus libros *Violín y otras cuestiones*, aquel poemario, publicado por Gleizer –que abriera las puertas por primera vez también a Borges y a Macedonio Fernández– liberaba a la poesía argentina de viejas ataduras y le daba las alas que sólo la voz hablada conserva; con el tiempo, con el devenir de hechos que ni él ni nadie hubiera deseado; su voz fue creciendo en el compromiso y en la conciencia; se hizo la voz de todos aquellos que sólo tenían al poeta para hacerse oír.

Desde que nuestros pueblos nacieron a la libertad, ser poeta en Latinoamérica constituye no sólo una labor estilística, sino sobre todo, un compromiso. No existe dicotomía alguna entre la tarea estética y la misión social del escritor; podemos afirmar que aún la poesía más comprometida si no es hermosa, entonces tampoco puede cumplir su misión en el cambio de las sociedades. Gelman ha sabido conjugar ambos elementos en una síntesis de inteligencia y sentimiento en la que persiste siempre, como un reclamo y como un anhelo, el derecho de todos a la vida, al respeto y a la libertad.

En un continente donde las diferencias sociales y económicas son aterradoras, donde los consensos políticos son cada vez más difíciles y donde la larga espera del desarrollo se ha convertido en un eterno mañana que parece no llegará; han sido los hombres de la pluma y la palabra los que se han encargado de construir universos verbales que en medio de ingentes esfuerzos y aún al precio de vidas humanas, se han ido convirtiendo en realidades.

Al pensar en Gelman, no podemos dejar de recordar a la larga genealogía de escritores que han conjugado la ética y la estética en un solo esfuerzo

creativo: José Martí, Rómulo Gallegos, Roque Dalton, Mario Benedetti, César Vallejo, Pablo Neruda y Nicanor Parra; entre muchos, para quienes cada palabra era un escalón más en la conquista de la libertad.

En *El juego en que andamos*, Gelman hizo una elección profunda que nos toca a todos como seres humanos, como ciudadanos y como latinoamericanos; en aquel poema afirmó:

Si me dieran a elegir, yo elegiría
esta salud de saber que estamos muy enfermos,
esta dicha de andar tan infelices.
Si me dieran a elegir, yo elegiría
este amor con que odio,
esta esperanza que come panes desesperados.

Como hombre inmerso en su sociedad y en su tiempo, Gelman sabe transformar el dolor personal en causa universal; transfiere la experiencia de lo cotidiano en palabras trascendentes; reclama nuestra atención sobre todos aquellos que en medio de la violencia política, lo han perdido todo, incluso más que la vida, la identidad y el nombre. Es esa particularidad de su verbo, lo que lo une a la tarea transformadora del derecho: una Constitución, una ley, un reglamento que no tiene como función mantener el orden con justicia y dignidad, no es verdadero derecho, es apenas intimidación y amenaza de sanción.

Quienes hemos abrazado el derecho como una vocación, como una misión vital, no podemos de ningún modo volver la vista lejos de donde los problemas más acuciantes se presentan; nuestra profesión no es sólo un discurso racional en torno a la conducta social; es más que eso, es la suma de los anhelos colectivos, la búsqueda de la sociedad en la conquista de su libertad y su identidad; es, ante todo, la tarea de todos en la construcción del mañana. Por eso, la presencia de Juan Gelman entre nosotros es revitalizadora, nos alienta y nos compromete.

Como muchos argentinos, españoles, uruguayos, nicaragüenses y salvadoreños, como muchos más venidos de lejanos rincones del orbe; Gelman sabe que el amargo pan del exilio es también la mano afectuosa del amigo, que la añoranza de la patria es también el hogar cálido que intenta suplir la tierra del que ha tenido que dejarla.

Juan Gelman tuvo que cambiar las caudalosas aguas del Río de la Plata por la vista del Cerro del Ajusco; dejar atrás los poemas de Borges dedicados a las seis cuerdas, para acogerse a los sanes y a las jaranas; pero sabe, como saben muchos, que en realidad no salió de casa, que acaso se desplazó dentro

de este hogar enorme que es nuestra América Latina, un hogar formado por una multitud de mujeres y hombres solidarios, una especie de familia unida por la libertad y por la buena voluntad.

Don Juan Gelman:

La Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, pone en sus manos esta presea que representa nuestro ideario de libertad y justicia, une su nombre al de Isidro Fabela y abona un paso más en el encuentro de todos quienes pensamos que sólo merece la pena vivir para hacer de este un continente más justo y más generoso.

Reciba de la Facultad de Derecho nuestro reconocimiento por su constancia esforzada a favor de los valores que sostienen la cultura y la democracia en nuestro continente; por la valentía y la entereza de su obra; por su fe inquebrantable; reciba una vez más el abrazo estrecho que hoy, como en las horas oscuras de hace treinta años, ha unido a México y a la Argentina en momentos duros que acaso hayan tenido una mínima reparación en la amistad que ahora nos une.

Teodora Gelman recuerda que siendo don Juan un niño, dijo a su madre: “yo quiero hacer verso”, a lo que la madre alarmada respondió: “¡Pero Juan, eso es un trabajo para morirse, no para vivir!”. Quizás ambos tenían razón y el niño fuera algo profeta y su madre una conocedora de la vida; el hecho es que el niño en efecto se hizo poeta y un poco como auguró la madre, pudo transformar el dolor y la muerte en vida y esperanza.

Muchas gracias.